

# EL CASTELLANO

CON CENSURA ECLESIASTICA

Punto de suscripción.

Toledo.—D. Elías Galán, Comercio, 62.

Anuncios económicos.

Se publica los jueves.

Redacción y Administración:

Gigantones, 5, principal.

Suscripción.

|                      |               |
|----------------------|---------------|
| Un año.....          | 3,00 pesetas. |
| Número suelto.....   | 0,05          |
| Idem extranjero..... | 0,10          |

Pago adelantado.

**Única Casa**  
en  
**Estatuaria Religiosa de cartón madera**  
Comercio, núm. 10—**COLEDO**  
**Sebastián Díaz-Marta.**

Habiéndome sido conferida la representación de los Sres. Vagreda Bassols y Comp.<sup>as</sup>, de Olot, puedo vender á los mismos precios que dichos señores cuantas imágenes se me encarguen.

El resultado de dicha estatuaria es bien conocido, pues el cartón madera de que se construyen, es una sustancia muy dura y no es quebradiza, por lo que no sólo se pueden bendecir, si que también indulgenciar.

De San José, San Antonio, San Francisco, la Virgen del Carmen, la Concepción, los Corazones de Jesús y María y Crucifijos, siempre los habrá en existencia, lo que se desee que no haya se facilita catálogo representativo y tarifa de precios para hacer encargos.

**Sebastián Díaz-Marta**  
Comercio, 10—**TOLEDO**

*Objetos de fantasía para regalo, centros, juegos de agua, juegos de café, termómetros y barómetros.*

*Para el comercio: billetes, tarjetas, tarjetas de crédito, tarjetas de transporte, tarjetas de transporte, tarjetas de transporte.*

*Para el comercio: billetes, tarjetas, tarjetas de crédito, tarjetas de transporte, tarjetas de transporte, tarjetas de transporte.*

dar de su salud y su conservación, sin que falte a sus deberes.

Con motivo del casamiento de D. Alfonso, los periódicos liberales truen a colación el buen resultado que dió el matrimonio de un Rey de Castilla con una inglesa, y se les promete muy felices en el presente caso, por la igualdad de circunstancias.

¡Imbécil! Si supiérais Historia sabrías que en aquella época Inglaterra era católica, de tal modo, que se la llamaba la Isla de los Santos; por eso nos pudo dar una Reina modelo, madre de Reyes santos.

Ni quito ni pongo Rey. Me guardaré muy bien de juzgar á la futura Reina ni en sus virtudes ni en la fortaleza de su fe después de convertida; los secretos de la gracia son insudables. Pero defendiendo á mi Señor, que es el Crucificado, y su doctrina es la verdad.

Tu y los que defendien tenazmente ideas prohibidas por la Iglesia, son fanáticos. Anticlericales, énfasis fanáticos, y vuestros fanatismos, comunicados al pueblo, son las cadenas que le impiden correr libremente por el camino del progreso!

## ¡OTRA VEZ EL CARNAVAL!

¿Qué tendrá esta fiesta que, á medida que se acerca, parece que la moralidad huye?

¿Por qué será que cuando el Carnaval viene riendo por los caminos de Babilonia, el pudor se escapa llorando por las sendas del Calvario?

Se ha dicho que el Carnaval es para el diablo, incansable y astuto traficante, la época en que el negocio le sale á pedir de boca: el Agosto de abundantísima cosecha en el que, sin más trabajo que el ordinario, paza almas, no á docenas, sino á millares, ya que el hombre, á trueque de satisfacer sus sensuales apetitos, acepta gustoso las más ligeras insinuaciones de aquí.

Para saber si tienen razón los que tal dicen, veamos qué es el Carnaval.

Apostrofo del gentilismo y de la sensualidad, es el Carnaval bailón del jinajo humano, porque en tales días la escoria y la podredumbre del corazón se presienta con toda su desnudez, pateando las leyes del decoro y de la decencia; es la representación de la avaricia en el individuo, puesto que la concupiscencia y la lujuria, para saciar sus apetitos sin estorbos y sin reproches, hacen astillas el cerebro de la razón; es el vendaval abrasador del más rudo libertinaje que seca y mata la flor de la inocencia; es la región contagiada donde se respira un aire inficionado y donde cada uno procura comunicarlo á los otros el veneno que le corre; es el punto en que se dan cita todos los degórdenes y se reúnen todos los malos institutos de la humanidad, tomando parte cuanto hay de mas atrevido en el escándalo y de más desenvuelto en el impudor, para presentarse en su odiosa desnudez, insultando á la virtud, escarneciendo la religión y hollando la razón y la naturaleza humana en lo que tiene de más respetable y santo; es, en fin, el triunfo del cinismo y un simulacro de la ruina, de la disolución de la sociedad.

Así se expresan al hablar de esta malhadada fiesta la generalidad de los que de ella se han ocupado, y así se comprende también que el Carnaval sea la época de las grandes recolecciones del diablo.

Querer, pues, justificar la existencia del Carnaval, es vano empeño por mucho que se ponga. El Carnaval de hoy no es una expansión sencilla, franca y alegre, la cual muy bien pudiera tolerarse: es una avalancha de sórdidas pasiones que se creen con derecho á convertirlo todo en lupanar. El pudor, la modestia, el recato y templanza no aparecen por ninguna parte; pero en cambio el desenfreno, el descaro, la crápula y desenvoltura campan por sus respetos. El vicio en tales días corre desahogado por la calle, mientras la virtud, silbada y puesta en ridículo, tiende que refugiarse en casa para no

morir aplastada por los maliciosos empujes de aquí.

Es una fiesta que, aun durando pocos días, deja triste y amargo recuerdos, siendo pocos los que gozan al terminarla de la tranquilidad y satisfacción con que la comenzaron: comieron la manzana, y por algo se ha dicho que «en el pecado va la penitencia».

¡Ah, cuántos al quitarse el disfraz, que quizá les pusieron sus mismos padres, se quedarán sin el hermoso y delicado velo de la inocencia y del honor! Estos son los más dignos de lástima, y sus padres los más dignos de execración.

¿Y qué diremos del punto saliente del período carnavalesco? ¿Qué diremos de los bailes, de los bailes de máscaras, á los cuales, sin exageraciones hiperbólicas, se les puede llamar fábrica inmensa de pecados carnales? Danzantes y espectadores constituyen la máquina, de cuyo vertiginoso movimiento se encarga la sensualidad provocada por el diablo. Esto y no otra cosa son los bailes, aunque los aficionados quisieran decirnos lo contrario. «La danza sólo puede conducir á extragar el corazón y á armar una guerra peligrosa á la castidad.» Estas palabras no son de la Sagrada Escritura ni de los Santos Padres, sino de un filósofo de ideas muy libres del pasado siglo: de Baile, tan célebre por su impiedad. Tampoco son de ningún Santo Padre, sino de *Bussy-Rabutin*, hombre más mundano que el anterior, las siguientes, que después de haberse convertido, escribió á un Obispo: «Siempre tuve por peligrosos los bailes, convencidomelo así, no sólo mi razón, sino mi experiencia; y en tal materia, por fuerte que sea el testimonio de los Padres de la Iglesia, creo que el de un cortesano debe serlo todavía más..... opino que todo buen cristiano debe abstenerse de ir á los bailes.»

¿Cómo, pues, no trabajamos por extirpar una fiesta que retrotrae las costumbres al estado salvaje?

Dijo, no recordamos quién, que la careta y los bailes de máscaras, antiguamente prohibidos, figuran en el catálogo de las mejores conquistas de la libertad contra el *obscurantismo*, y al lado de las leyes desmoronadoras, del derecho electoral y de los otros derechos que nos han hecho olvidar nuestros deberes.

Y de ser verdad esto, habremos de convenir en que la primera libertad práctica que nos regaló el liberalismo, aunque no esté consignada en ninguna de las varias Constituciones, fué la concedida al rostro para cubrirse con un tafetán ó con un pedazo de cartón, y á las piernas para saltar y brincar, *sin previa censura*, y como más y mejor les venga en ganas.....

Y ¡cuálquiera en estos tiempos de libertades renuncia á un semejante derecho, del que tanto se usa y..... se abusa!

## COLORES DIPLOMÁTICOS

¿Por qué los libros diplomáticos reciben el nombre de su color y no el de su contenido?

El origen de los colores diplomáticos es muy sencillo.

Inglaterra, la madre del parlamentarismo, comenzó en 1681 á imprimir estadísticas, informes, documentos oficiales de todo género, para someterlos á los miembros del Parlamento.

Estas colecciones tenían una cubierta de papel azulado. Para abreviar el título, se empezó á llamarles «Libros azules.»

En 1861, Francia empezó á publicar sus documentos diplomáticos con cubierta amarilla, y Alemania imprimió en 1884 su primera colección diplomática, encuadrándola de un color blanquecino.

Cada país ha ido así adoptando un color para esta clase de libros. En España y en Austria, es rojo; en Italia, verde; azul y rojo, en los Estados Unidos, y blanco puro, en la Santa Sede y el Japón.

## fanatismo.

En libros, revistas y periódicos, en la novela y en el teatro, en tertulias de personas respetables y en los chismes del casino y del café, se oye con frecuencia esta palabra terrible: *Fanatismo*.

Es la fórmula fatal en la que todo el mundo condensa la causa de las desgracias que nos afligen.

¿Llevan razón? ¿Es verdad que el fanatismo y sólo él es la causa de las causas, si se me permite la frase, la raíz de los males que padece España, de tal modo que, quitado el fanatismo, estaríamos en una época de paz y de felicidad? Sí lo es.

Fanático, según el Diccionario de la lengua, es el que defiende con tenacidad y furor opiniones erradas en religión.

Siendo la Religión Católica la única verdadera, y siendo la Iglesia la única depositaria y maestra de la fe, todo el que tenazmente y con furor defiende alguna opinión contra las enseñanzas de la Iglesia, es fanático.

Así como en la platina del microscopio se ven con proporciones colosales los más insignificantes microorganismos, así los mandamientos de la religión, aun los que parecen más pequeños y sin importancia, si hay alguno, cuando se observan en las costumbres, son de tales consecuencias, que asombran y maravillan.

De seguirlos ó no depende el progreso y la paz de las familias y naciones.

Precisamente, si hay naciones más adelantadas que la nuestra, es porque socialmente cumplen mejor los preceptos de la religión católica. He aquí algunos ejemplos:

Erier, dramaturgo alemán, ha titulado su última producción *Jesús*. Ha sido representada en Brunewich; pero al llevarla al Teatro de Berlín ha sido prohibida por la censura, que ha estimado que la persona del *Salvador* no debe salir á escena.

Esta delicada resolución se ha librado de tan enormes como torpísimos reproches de nuestros periodistas por haberse adoptado en Alema-

nia. Si se hubiera aquí dispuesto lo mismo, habría que oír á los críticos de tanta que corrian el deber con lo que les pareca, y la veneración con la hipocresía.

En los Estados Unidos se ha prohibido la lectura de novelas, revistas y periódicos inmorales con fuertes multas; si hubiera sido aquí, los periódicos liberales hubieran protestado en nombre de la libertad. ¿Por qué? Porque son fanáticos, porque «defienden tenazmente» lo que la Iglesia prohíbe. A los *excesos del periodismo* atribuida hace pocos días el Sr. Troyano nuestros males; y una autoridad en este asunto, inilicible como la suya por haber sido durante muchos años el alma de *El Imparcial*, mereca crédito. Léase donde dice exceso, fanatismo, y ahí el secreto. La falta de instrucción sólida, en nuestros periodistas, les hace ser fanáticos, es decir, defender con tenacidad doctrinas perjudiciales, aunque haya sido preciso para eso destruir la Historia.

Sabido es que, por los periódicos anticlericales se ha presentado siempre á la monarquía católica como enemiga y contraria del obrero y, sin embargo, la idea de ocho horas de trabajo, que ha servido de bandera á las agitaciones socialistas de estos últimos años, no se debe á ningún revolucionario ni á ninguno de estos que conspiran para destruir la familia y la sociedad, sino, ¿á quién dirán ustedes?

Nada menos que al Rey D. Felipe II de España, ese «coco» de los amantes de la libertad, á quien llaman los historiadores novelescos el *Tenebroso Solitario del Escorial* y el *Demonio del Mediodía*, pero al que los historiadores, sabios y amantes de la verdad, llaman el *gran Monarca D. Felipe el Prudente*.

Este Rey terrible, al cual consideraron como cruel y tirano los que han hecho la Historia en el extranjero, dirigió al Virrey de las Indias esta instrucción:

«Todos los obreros de las fortificaciones y de las fabricas trabajarán ocho horas al día, cuatro por la mañana y cuatro por la tarde; las horas serán distribuidas por los Ingenieros, según el tiempo más conveniente, para evitar á los obreros el ardor del sol y permitirles el cui-